

“La religión, la moral, todas las filosofías condenan el suicidio como contrario á la ley natural —dice Kardec;— todas nos dicen en principio que no tenemos derecho á abreviar voluntariamente nuestra vida. Pero ¿por qué no lo tenemos? ¿Por qué no es libre el hombre de poner término á sus sufrimientos? Estaba reservado al Espiritismo demostrar, con la elocuencia de los hechos, que no sólo el suicidio es una falta como infracción de una ley moral, sino un acto estúpido, puesto que nada se gana, y antes se pierde.”

No se transgreden impunemente las leyes divinas. No bien el Espíritu recobra la visión de las cosas celestes, comprende su insensatez y se reprocha su cobardía. Ha de volver á *repetir la prueba*, quizás en peores condiciones, hasta que, engrandecido por la constancia, se haga digno de una felicidad que *no llueve del cielo*, sino que se *conquista* á fuerza de merecimientos y á través de mil vicisitudes.

No hay suicidio *excusable*; los hay, sí, menos impíos, y por eso la pena está *en proporción del delito*. El que se mata por *hastío*, paga su insensatez no encontrando en el Espacio más que un nuevo sendero de sufrimientos mentales; pésele ó no, habrá de soportar la *carga* de la vida, y convencido de que la felicidad sólo se encuentra en el cumplimiento de la ley, procurará ajustarse á ésta, reencarnando en condiciones que le aparten del ocio y del abuso de los placeres. El que se mata por libertarse de las miserias y desengaños del mundo, no tarda mucho en comprender que esas miserias y desengaños son fruto de su grado de progreso, de su manera de apreciar las cosas, que cada cual es el artífice de su cielo y de su infierno, y que, por lo tanto, doquiera vaya encontrará lo mismo, mientras no se redima de sus culpas y sus yerros, edificándose en la constancia.

El que se deja morir de desesperación, después de haber luchado á brazo partido con la miseria, delinque, indudablemente, pero merecerá indulgencia; se aquilatarán sus esfuerzos, y hallará gracia á sus propios ojos; mas no alcanzará la absolución completa mientras no adquiera la perseverancia y la firmeza necesarias para resistir hasta *lo último* el embate de la adversidad. “El que se quita la vida para evitarse de la vergüenza de una mala ac-

fuerzo, ni por medio del asalto se puede ascender al grado sin haberlo merecido.”

ción —dice Kardec,— prueba que atiende más á la estimación de los hombres que á la de Dios, porque va á entrar en la vida espiritual cargado de sus iniquidades, y se ha privado de los medios de repararlas aquí en la tierra. El suicidio no es excusable, aun cuando tiene por objeto impedir que la vergüenza recaiga sobre los hijos ó la familia. El que así obra, no procede bien; pero lo cree, y Dios se lo toma en cuenta, porque es una expiación que á sí mismo se impone. Atenúa con la intención la falta, pero no deja de cometerla.”

En *ningún caso*, pues, el hombre debe atentar contra su vida. Hay que resistir á pie firme el embate de todas las adversidades; no capitular jamás. Nuestro valor moral así se aquilata, y el suicida se parece al soldado que deserta en el fragor de la batalla: su cobardía momentáneamente le pone á cubierto de las balas; pero el oprobio le espera, y al regresar á sus lares leerá su sentencia de infamia aun en la frente de los suyos.

CAPITULO V.

LA VIDA EN LA TIERRA.

1º Condición moral de este mundo.—2º La guerra.—3º El duelo—4º La pena de muerte.—5º Las pestes y las catástrofes—6º Marcha del progreso.—7º Cuestiones político-sociales.

1º La humanidad presente ha realizado progresos admirables en el camino de las *ciencias prácticas*; pero, triste es decirlo, sólo ha dado un centenar de pasos en la senda de la virtud. Consecuencia de ello es que el individuo, soberano de las fuerzas brutas, es impotente para resistir el choque de las pasiones ó la punzada más leve del dolor.

Preocupanse más los hombres por procurarse el bienestar material que por enaltecer su espíritu en el ejercicio de la virtud, y con no hacer ningún daño creen cándidamente cumplir con los preceptos divinos y alcanzar el cielo.

“La Tierra —dice Pezzani— es un lugar de expiación y prueba y está clasificada en la categoría de los mundos inferiores.”

El progreso material en sí no es malo; al contrario, es fuente de incalculables bienandanzas; pero no debemos reconocerle más que un valor transitorio.

Nuestra sociedad humana á través de mil vicisitudes se dirige hacia la luz. Somos mejores que nuestros antepasados; pero no debemos enorgullecernos, pues viles pasiones y torpes liviandades manchan nuestra civilización y la inmundicia alcanza hasta la veste de nuestras vírgenes y la túnica de nuestros profetas. Levantad el manto dorado que cubre las miserias de algunos hombres y no hallaréis por cierto debajo á Sócrates, sino al bruto de las cavernas. Pero relativamente somos mejores, y esto debe alentarnos.

2º La guerra es un signo de atraso en un mundo. La Tierra, aún convulsionada por ese fantasma pavoroso, es un mundo atrasado.

Entre más bárbaro es un pueblo más ama la guerra. Los salvajes no reconocen más razón que la de la fuerza. Su rey es un jefe alto y membrudo, capaz de los mayores crímenes, fuerte como el león, pérfido como la víbora, sanguinario como el tigre y astuto como la zorra. A medida que la humanidad progresa, las guerras se hacen menos frecuentes.

No debemos condenar en absoluto la guerra, que ha sido uno de los factores más importantes del progreso. Las cruzadas abrieron una nueva era á la civilización, haciendo que los pueblos asiáticos y europeos se conocieran, de donde vino un intercambio de ideas y de productos que dió por resultado el renacimiento de las ciencias y de las artes á principios de la edad moderna. La revolución francesa, formidable, demoledora y diabólicamente cruel, fué fecunda en toda clase de bienes. De ese caos salieron las modernas repúblicas y monarquías constitucionales, fundadas sobre principios más sólidos. Y es que Dios permite el mal sólo á condición de que promueva un bien.

Pero hoy la guerra no tiene razón de ser. Así debemos proclamarlo, y coadyuvar con todas nuestras fuerzas al pacifismo universal.

Las guerras por predominio de raza, por preponderancia comercial, por orgullo de nación, por celos de gobernantes, etc., son estúpidas, inicuas, abominables, y en sus mismos horrores y en sus consecuencias desastrosas tienen su castigo.

“¿Qué debemos pensar —preguntaba Kardec á un *Espíritu*— del que suscita la guerra en beneficio suyo?”

“Ese es un verdadero culpable —respondió el *Espíritu*— y le serán precisas *muchas existencias* para expiar los asesinatos cometidos por su culpa, porque responderá de cada uno de los hombres inmolados en aras de su ambición.”

La reglamentación de la guerra y el reconocimiento de los tribunales de arbitraje son signos brillantes del iris de la paz. Las vías de comunicación, estrechando las relaciones entre los hombres, y el Espiritismo, renovando la tradición cristiana, harán el resto. Entonces sí se harán efectivas las palabras aquellas del Evangelio conque América saludó á Europa al inaugurarse el primer cable transatlántico: “¡Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!”

3º El duelo es una bárbara costumbre social, una estupidez digna de los pueblos más incivilizados.

El que va al terreno seguro de vencer, es un *asesino*; el que, conecedor de su debilidad, empuña la espada ó la pistola cediendo á las preocupaciones sociales, es un *suicida*. Cuando son iguales las probabilidades, el duelista fía á la suerte este espantoso dilema: asesino ó suicida, matador ó víctima, en ambos casos igualmente culpable.

Los duelos cuyo móvil es la *venganza* no son sólo estúpidos, sino infames, diabólicos.

Los duelos motivados por el *honor* son sencillamente estúpidos, sin llegar á ser infames. Los duelistas van al terreno, no cediendo al sentimiento de la venganza, sino á las preocupaciones sociales. La sociedad en cierto modo les obliga á cometer actos que su conciencia rechaza; no tienen valor para sobreponerse á los dictérios del vulgo ó á las insinuaciones de sus familiares, y matan ó mueren por un concepto equivocado de la dignidad personal.

La mayor hazaña es vencerse á sí mismo. La grandeza y el honor verdaderos consisten en confesar la culpa, si se ha cometido, ó en perdonar, si se tiene razón. “En todo caso —dice Kardec— la virtud consiste en despreciar insultos que sólo nos envilecen á los ojos de los necios.”

Dios, que mide y pesa nuestras acciones, castiga ó premia con absoluta equidad. Hacerse justicia por mano propia, es abrogarse una facultad que sólo á Él pertenece. Desde ese momento,

nos ponemos fuera de la ley divina y colocamos el pie en la senda larga y dolorosa de la expiación.

4º La *pena de muerte* es también un signo de atraso en una sociedad.

Se dice: es necesaria, es ejemplar.—Debe replicarse: no; es cómoda, porque es más fácil destruir que edificar. Una prisión modelo presupone un gasto considerable: maestros, educadores, médicos, guardianes, bibliotecas, talleres, aulas de enseñanza, etc., y la sociedad considera que no debe tomarse tanto interés por los malvados.

Se dice: es que los criminales natos son incapaces de regeneración.—Debe replicarse: no hay nada que no sea susceptible de progreso. *Nosotros mismos quizás pasamos por esos trigos*. La educación corrige muchos defectos. Una gota de luz, cayendo sin cesar sobre el corazón de un malvado, concluye por ablandarle, aunque tenga la dureza de la roca.

Se dice: muerto el perro, se acabó la rabia.—¡Error, profundo error! El alma no muere. El Espíritu del ajusticiado, proscrito de la tierra, se queda vagando en el espacio como una alma en pena, y reencarna, sediento de venganza, en la primera ocasión favorable. ¿Qué se ha logrado? El alma fiera é ignorante vuelve, más rabiosa que nunca, á salirnos al paso . . . quizás, ¡oh, misterio de los cielos! encarnada en la forma de uno de nuestros propios hijos. . . .

“¿No adviertes, infeliz, —decía el Asheverus de Eugenio Sue al estrangulador Faringhea— que sólo los cuerpos caen bajo tu lazo y no las almas, que son inmortales?”

La sociedad moderna, que ve los efectos sin preocuparse de las causas, no admite este razonamiento. Peor para ella. De todas maneras, en la duda debería abstenerse. Es el colmo de la demencia castigar con una pena cuyas consecuencias se desconocen. “La justicia humana —decía Víctor Hugo— ciega ó impía, arroja un enigma, el hombre, á lo desconocido, la tumba.”

Sin embargo, á medida que la humanidad progresa, el patíbulo se desploma y la justicia pierde su ceño adusto. Las penas se aplican más como *defensa* que como *sanción* ó *venganza* social. Se enjaula á los criminales como á las fieras: para impedir que dañen, no para hacerles sentir los rigores de la cólera social. La pena de muerte se restringe cada día más, limitándose á verdaderos monstruos. Se rodea de garantías al acusado, y, aun después de probado el delito, se le trata con humanidad. No se le expone,

como antes, en la infamante picota al escarnio del vulgo. En algunos pueblos, la pena de muerte no existe ni la cadena perpetua. La sociedad tiende á convertir los presidios —hasta hoy verdaderos infiernos, escuelas del mal donde los criminales se empedernían y los reos de delitos simples se equiparaban á los más perversos— en centros de educación, en bibliotecas y talleres.

5º A veces observamos en la naturaleza algunas anomalías que parecen acusar de imprevisora á la Providencia y dan armas á los materialistas para sostener que los seres inteligentes somos juguete de las fuerzas brutas. Hablamos de las pestes, los terremotos, las inundaciones, etc.

Sin embargo, á esas catástrofes, á esos terremotos, á esas inundaciones, debe el hombre la inteligencia de que disfruta. Para nosotros, las verdaderas calamidades son todas aquellas cosas que tienden á pervertirnos, á embrutecernos: el oro, los placeres, etc. Las delicias de Capua fueron más terribles á Aníbal y á su ejército que todo el poder de Roma.

Posiblemente, jamás hubiéramos salido del sueño de la inconsciencia si una dolorosa punzada no nos hubiera hecho abrir los ojos....

Las calamidades ponen á prueba el valor del hombre en la adversidad; aguzan su inteligencia y le enseñan los medios de remediarlas; y no sólo eso: en ellas encuentra el hombre ocasión de desplegar sus sentimientos fraternales.

El materialista tiene razón de horrorizarse ante esas catástrofes colectivas; mas no así el espiritista que sabe que las llamas sólo devoran cuerpos y que los muros que se derrumban sólo trituran huesos. Pues el alma no muere, nada se ha perdido. París podrá hundirse, desaparecer del mapa como Herculano y Pompeya, pero sus moradores no. La inmensa catástrofe, así considerada, se reduce á un *mero incidente* en la sucesión de las vidas.

Es menester recordar que el Espíritu vive en la Tierra como un extranjero y que su verdadera patria es el cielo.

Por otra parte, las catástrofes nos recuerdan que no debemos mostrar tanto apego á los bienes materiales. Sin ellas, nos crearíamos *dioses*, la soberbia nos cegaría y no atenderíamos á nuestro progreso moral.

5º ¿Quién será capaz de negar el progreso?

Ya la inicua trata de negros no existe, y la sociedad tiende á redimir á los parias del trabajo.

La mujer, bestia de carga entre los salvajes, esclava entre los romanos é instrumento de placer hasta nuestros días, cultiva hoy su inteligencia, sin abandonar el hogar, y aspira con justo título á poseer los mismos derechos que el hombre.

Los códigos se han reformado y las prisiones tienden á transformarse en centros de cultura, de regeneración social.

La criminalidad disminuye, los duelos se hacen ridículos, se miran como fabulosas las bandas de foragidos que en el siglo pasado llevaron el terror á Nápoles, y los mares están libres de piratas.

Las guerras se hacen menos frecuentes. Las vías de comunicación borran las fronteras. El ferrocarril con lazos de acero une á los pueblos, y lleva á todos los rincones del planeta las enseñanzas y los productos de la civilización. Las asociaciones laicas de caridad se multiplican. Se da el pan, no se compra la conciencia.

Las ciencias, las artes y las industrias tienden á rodear al hombre de todo género de comodidades.

El trabajo se hace menos pesado y más fecundo.

El libro, pan del espíritu, se multiplica como los panes y los peces de la parábola cristiana. Hoy á poca costa se puede adquirir una excelente biblioteca. Antes, sólo los potentados podían permitirse el lujo de poseer unos cuantos rollos de papiro.

El progreso tiende á la democracia, á equiparar la choza al palacio, á borrar las injusticias, á destruir los privilegios, á redimir la especie humana.

7º Sin embargo... aún las pasiones se enseñorean de nosotros; el egoísmo nos devora; el que nada en la abundancia no se acuerda del desdichado y cada cual amasa su pan con las lágrimas de sus semejantes.

Fundándose en estas miserias, algunos hombres, inspirados en ideas muy avanzadas, predicán la bancarrota de la civilización, y lo que es peor, incitan á sus hermanos á la violencia, hablándoles de reivindicaciones sociales é imbuyéndoles la funesta teoría de que la propiedad es un robo. ¿Cómo no comprenden esos hombres el daño que hacen? ¹

1 Consecuencia verdaderamente abominable del anarquismo teórico es el anarquismo de acción. Algunos infelices, sugestionados por otros no menos infelices, creen que *destruyendo*, y no *edificando*, es como se revoluciona. Están muy lejos de los ideales en cuyo nombre asesinan á sus hermanos.

Los hombres en el estado salvaje, y los animales en general, carecen de forma de gobierno y aun de bienes particulares, porque los frutos de los árboles y el agua de los ríos no tienen dueño. Mas, apenas aparece un rudimento de civilización, no bien los hombres se agrupan para constituir tribus, pueblos y naciones, la forma de gobierno se hace imprescindible y el dios Término marca los linderos entre lo de Fulano y lo de Zutano. La propiedad es la consecuencia inevitable del trabajo. Ahora bien, con el transcurso del tiempo, la propiedad, que un día fué fruto del esfuerzo propio, ha venido á caer en manos de verdaderos zánganos, que disfrutan de las rentas de la riqueza acumulada sin más título que ser sucesores de aquellos que con el sudor de su frente ó con las luces de su ingenio la adquirieron. Esto es, sin duda, un mal; pero, ¿ello nos autoriza para predicar la regresión al estado salvaje? No; de ninguna manera. Tengamos fe en la civilización; ella, que abatió las Bastillas; ella, que redimió la conciencia y nulificó los pergaminos, ella vinculará la propiedad en el trabajo y cobijará á la especie humana bajo una sola bandera de concordia y libertad.

No olvidemos que los progresos sociales son efecto del mejoramiento individual. Cuando los hombres sean capaces de gobernarse por sí propios; cuando la conciencia presida todos sus actos; cuando no haya necesidad de un tercero que restablezca el imperio de la justicia violada por alguna de las partes, entonces sobrarán los gobiernos, los gendarmes, los jueces, los carceleros, etc. Será un siglo de bendición.

CAPITULO VI.

EL DOLOR.

1º Universalidad del dolor.—2º La riqueza no da la felicidad.—3º Los ignorantes y los humildes también están sujetos al dolor.—4º La sabiduría tampoco da la felicidad.—5º El dolor, hijo de nuestra imperfección moral.—6º Necesidad del dolor físico.—7º Fortaleza.—8º Necesidad del dolor moral; el desengaño y la muerte.—9º El camino de la salvación; el Cielo.

1º “Valle de lágrimas” llainó el profeta á este mundo. En efecto, no es esta la mansión de la felicidad. El hombre, de la cuna al sepulcro, recorre una senda donde, si escasean las flores,

abundan en cambio las espinas. Quien más, quien menos, sufre las consecuencias de su imperfección moral. El dolor no respeta el palacio del rico ni la cabaña del pobre; visita lo mismo al rey bajo su manto que al mendigo bajo sus harapos.

2º ¿Creéis que ese hombre que pasa á vuestro lado sonriente es feliz porque posee riquezas incalculables? ¡Cuán engañados estáis! Ese hombre vive, como vosotros, atormentado en su carne y en su espíritu; es quizás más desventurado que vosotros.

“Mejor es lo poco con el temor de Jehová —dice Salomón,— que el gran tesoro con turbación de conciencia.”

3º ¿Creéis que ese campesino es feliz en medio de su ignorancia y sus limitadas necesidades? ¡Qué ilusión! Ese humilde hijo de la naturaleza sufre porque el cielo se encapota y el granizo descarga sobre su pequeña propiedad; porque su viña tiene sed, y él no puede comprar el vecino manantial; porque su caballo ó su asno son ya viejos y no le sirven para el trabajo, etc.

4º La sabiduría fuera del amor, en vez de mitigar nuestros quebrantos, acrece nuestras congojas. Por eso cantan los bardos materialistas que la felicidad sólo se encuentra en el seno de la ignorancia, y el mismo Salomón exclama: “el que añade ciencia, añade dolor.” Y es que la sabiduría, sin el norte de la fe, sólo es fuente de mortales inquietudes y de amarguras sin fin.

5º Algunas veces descienden rayos de felicidad á iluminar nuestro infierno; mas de nuevo se encapota el cielo y se desencadena la tormenta, y así vivimos los hombres entre alegrías y angustias, entre ilusiones y desencantos. Aun en medio de la abundancia y del placer, nos acometen, como á Budha, tristezas indefinibles, y sentimos que la dicha es irrealizable en este mundo.

Porque el dolor es hijo de nuestra imperfección moral. Sus causas debemos buscarlas *dentro* y no *fuera* de nosotros.

Cada cual goza y padece según su grado de adelanto espiritual.

“¡Ay! —exclama un mandarín en China— yo sólo tengo cinco botones en mi vestido y mi colega tiene siete. Los míos son azules y los suyos amarillos. ¿Cómo ha podido ese hombre soportar sin morir semejante exceso de felicidad celeste?”¹

Nuestro mandarín sufría, según Hipólito Taine, por una cosa que á nosotros se nos antojará ridícula; pero no es menos cierto

1 H. Taine. *Los filósofos del siglo XIX*.

que el infeliz estaba desesperado y muy resuelto á abrirse el vientre con su precioso sable en la torrecilla de porcelana de su risueña morada.

¿No nos sucede á nosotros lo mismo en mayor ó menor escala? Los sufrimientos de Fulano mueven á risa á Zutano, que es incapaz de incomodarse por semejantes pequeñeces, y Perencejo, á su vez, no deja de sentir lástima por Zutano, cuya poquedad de alma conoce. ¿Acaso nos alcanzan á nosotros los dolores de los niños? No; no lloramos por la pérdida de un juguete; pero, ¿no sufrimos horriblemente á causa de los reveses de fortuna, las murmuraciones sociales, etc.? Niños somos, aunque peinemos canas.

Nosotros continuamente nos atraemos calamidades y engaños.

Tú, que amas el lujo, ¿sabes lo que haces? Tu mal procuras.

Tú, que corres tras los placeres, ¿sabes lo que te espera? Tu mal procuras.

Tú, que amontonas oro á costa de fatigas ó de engaños, ¿sabes lo que amontonas? Tu mal procuras.

Pues, ¿cómo sabiendo todo esto os dejáis seducir por deleites que enmascaran desdichas, por goces que encubren penas?

¿Cómo no queréis sufrir si sólo maquináis en vuestro daño? En verdad, no tenéis enemigos más fieros y constantes que vosotros mismos.

6º El dolor físico es un mal transitorio y necesario. Richet lo llama "centinela avanzado de la vida", porque es el grito de alarma de una parte del cuerpo en peligro. ¡Ay de nosotros si ese centinela se durmiese! Ignorantes del mal, no acudiríamos en auxilio de la parte amenazada, y nuestro cuerpo moriría. No sólo eso: el dolor físico es un freno; sin él, las pasiones se enseñorearían de nosotros, abusaríamos del organismo á todas horas, y concluiríamos por matarle.

7º El dolor físico no es invencible: el alma todo lo puede. Hay hombres que sufren impávidos los mayores tormentos, como los mártires del circo romano, que morían orando bajo las garras de las fieras; como Mucio Scévola que puso la mano en el brasero ardiente para castigarla por no haber sabido herir al déspota, y como Caupolicán, que espiró sentado en la aguda estaca sin que "un sólo músculo de su faz se contrajese." Estos héroes nos enseñan de lo que es capaz el alma valerosa, que tiene á mengua

rendirse al sufrimiento. Así Cuauhtémoc reprendía con irónica piedad á su ministro, que se retorció sobre los carbones encendidos exhalando lastimeros ayes: "¡Y qué! ¿piensas acaso que yo estoy en un lecho de rosas?"

Decimos que el dolor físico es un mal transitorio, porque desaparece con la muerte del cuerpo. El alma en sí es indestructible, eterna; ni llamas la consumen, ni la corroe el orín, ni la secan los vientos, ni la hieren las espinas, ni el hambre la tortura. Debemos sobrellevar nuestras dolencias físicas con más calma aún que Job en su estercolero, porque los males de la carne glorifican el espíritu, y pues sabemos que el dolor es hijo de nuestra naturaleza mortal, purifiquémonos á fin de redimirnos de la rueda de nacimientos y muertes.

8º Si el dolor físico es necesario para la conservación del individuo, el dolor moral no lo es menos para la salud del alma. El uno nos avisa que una parte del cuerpo está en peligro; el otro nos señala nuestras imperfecciones, pues el dolor siempre ataca al espíritu en sus debilidades.

"El dolor en sus múltiples formas —dice el ilustre Denis— es el remedio supremo para las imperfecciones y los achaques del alma. Sin él, no hay curación posible."

"¡Oh, dolor; no eres un mal!", decía el filósofo griego pensando en los incalculables beneficios que nos reporta el sufrimiento. Todos los grandes filósofos así lo reconocen, en estas ó parecidas frases: "el dolor purifica," "en la desgracia se acrisolan las almas," "el dolor es el lapidario que faceta y abrillanta los espíritus," etc.

"Aun cuando los pesares, las humillaciones y la ruina nos abrumen —continúa Denis,— suframos con paciencia. El labrador desgarrar el seno de la tierra para hacer brotar la dorada mies. Del mismo modo, de nuestra alma desgarrada brotará una abundante cosecha moral."¹

En cuanto al desengaño, es una piedra de oro con que solemos tropezar algunas veces en la vida.

Causa de nuestros mayores sufrimientos es la *muerte*. Ella enluta nuestros hogares; ella con implacable saña nos precipita de la cumbre de la dicha al abismo de la desesperación. Pues bien, el Espiritismo la ha vencido, la ha despojado de sus atavíos fúnebres. La Muerte ya no se nos representa como un espectro pavo-

1 L. Denis. *Después de la muerte*.

roso, sino como un ángel libertador, como una deidad bellísima que nos franquea la puerta de esta miserable prisión de carne.

¡Oh, si todos los hombres se penetrasen bien de esta doctrina, cuántas lágrimas no se ahorrarían!

¿Qué hace esa madre que estrecha entre sus brazos el cadáver aún caliente de su hijo, del que era la luz de sus ojos, la sonrisa de sus labios? ¡Ah, infeliz; no sabe si orar ó maldecir, porque su dolor es inmenso y no encuentra bálsamo en una religión cuyo Dios juega de manera tan cruel con el corazón de las madres! ¡Oh, ella sólo sabe que tenía un hijo y que ya no le tiene! Su fe vacilante, fundada en misterios y tradiciones, de nada le sirve en este caso. ¿Quién es capaz de devolverle su hijo? ¿Dónde está el Cristo aquel que resucitaba á los muertos? ¿Dónde está el *Consolador*? ¡Silencio!... Mas he aquí el Consolador prometido. ¿Qué dice? "Mujer, he aquí tu hijo; hijo, he aquí tu madre." ¿Qué religión es capaz de hacer este milagro? ¹

9º Aceptad con resignación vuestros dolores, porque para alcanzar la dicha es necesario pasar antes por el fuego.

La senda de la perfección es peñascosa, es difícil, y está llena de dudas y quebrantos. En cambio, la senda del mal es florida, es fácil, y ofrece al alma todos los deleites de la carne; pero ¡ay del Espíritu que se pierde en sus sinuosidades! Las flores del mal emponzoñan los sentidos y pervierten el corazón. Mas la oveja descarriada volverá al rebaño.

No hagáis como los materialistas que fincan todas sus esperanzas en esta vida de corrupción y miseria. Ellos dicen: "comamos y bebamos, que mañana moriremos." Su despertar será como el del jornalero que se durmió sobre su labor; mas vino el capataz é hirióle y le cargó de doble tarea.

Sed como yunques que no se abaten bajo los golpes del mar-

1 En una de las actas del círculo "Franklin," de San José de Costa Rica, se lee esta conmovedora relación:

"En diciembre del año pasado (1907), nació un niño hermano de la medium, el cual murió á los pocos meses de una enfermedad de estómago. *Mary* (un Espíritu) prometió á la familia traerlo una noche para que lo vieran, ya presentándolo del tamaño que tenía cuando "desapareció", ya como en cualquier época de su precedente encarnación. Hace poco cumplió su ofrecimiento poniendo en brazos de la madre al niño con todas las apariencias de la vida... La señora, profundamente conmovida, estrechaba contra su pecho á aquel sér tan querido, y hacía esfuerzos por retenerlo; mas, á pocos momentos, se desvaneció por completo."

tillo. Aquel cuya vida transcurre entre sonrisas y mieles, no puede sufrir sin quejarse ni la picadura de una aguja. En cambio, el campesino en los trópicos marcha con los pies desnudos sobre cortantes guijarros sin que sus plantas se dañen.

¿No habéis visto, cuando el huracán todo lo arrasa y humilla, á los robustos robles y á los altivos cedros resistir impávidos el frenesí de los vientos? Así el hombre de corazón resiste las tormentas de la vida.

Tened fe. "Si tuvierais fe como un grano de mostaza, diríais á ese monte: "Pásate allá", y se pasaría." (S. Mateo, 17-20).

La verdadera sabiduría consiste en anhelar sólo aquello que no se corrompe, que no pasa, que permanece inalterable á través del tiempo y del espacio, porque todo lo que viene de la tierra es transitorio, y en vano nos esforzaríamos por impedir que una mujer pierda sus galas, que una flor se marchite, que un perfume se desvanezca y que una moneda se gaste.

"No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; mas hacéos tesoros en el cielo, donde la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan." (S. Mateo, 6. 19-20).

¿De qué valen al difunto sus tesoros? Mas sí le aprovechan sus virtudes.

Edificad sobre roca y no sobre arena, y sobre todo, huid de cuanto tienda á pervertir el espíritu, no sea que el dolor os sobrecoja como ladrón de noche.

"Si quieres alcanzar el reino de los cielos—dijo Jesús á un joven rico,— anda, vende lo que tienes, dáselo á los pobres, y sígueme."

Oyendo esto, el mancebo se fué triste, "porque tenía muchas posesiones." Y entonces dijo Jesús á sus discípulos: "En verdad, es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de los cielos."

Al oír estas palabras, los discípulos se espantaron y dijeron. "¿Quién, pues, será salvo?" No comprendían que Jesús no predicaba la pobreza, sino el desprendimiento de los bienes terrenales.

El oro contamina las almas y dificulta su progreso. Cuando el aeronauta quiere ascender, arroja el lastre, y más presto llega quien más descargado va. Mas el hombre que emplea bien sus riquezas, va al cielo en hombros de sus hermanos.

"El hombre que se complace en los objetos de los sentidos

—dice Christna en el *Baghavat Gíta*— despierta en sí mismo una inclinación hacia ellos; de esa inclinación nace el deseo, del deseo el apetito desenfrenado; del apetito desenfrenado, la turbación mental; de la turbación mental, la pérdida de la memoria, de la pérdida de la memoria, la falta de discernimiento, y por la falta de discernimiento el hombre se pierde por completo.

“Pero aquel que, dueño de sí mismo y sin tener apego ni aversión á los objetos, satisface debidamente con ellos á sus órganos y sentidos, manteniendo á éstos obedientes á su razón y bajo el yugo de su voluntad, aquel hombre obtiene la paz.”

A fin de que nuestra naturaleza espiritual no se deprave, debemos apartar la mente de los objetos de los sentidos. El que se deja arrastrar por sus pasiones, es un mal ginete en lomos de un corcel indómito. En cambio, el que mantiene refrenados sus sentidos, es un consumado ginete á quien su cabalgadura, ó sea su naturaleza bestial, obedece dócilmente. Mientras el espíritu no se liberte de las groseras sensaciones de la materia, tendrá que regresar á la tierra á revestir una forma mortal.

La filosofía espírita no desea hacer ascetas, ayunadores ni flagelantes. Ni el mundo ni la carne son enemigos del alma, puesto que son los medios indispensables para su progreso. No es atormentando la carne como se glorifica el Espírita, sino ensalzando la mente por el estudio y abatiendo los instintos materiales por medio del ejercicio de la virtud. El verdadero espírita debe cumplir con sus deberes sociales, casarse y tener un hogar, contribuir con sus luces á la obra del mejoramiento común, gustar con parsimonia de los bienes terrenales, sin mostrar afición á ellos; mas sin despreciarlos, porque la Providencia los ha creado para su so-laz; y aceptar con santa resignación las pruebas más terribles, sin perder un punto la fe en el Padre común de todas las criaturas.

“La riqueza y la pobreza son igualmente dañosas al hombre —dice Platón en *La República*— pues si la una engendra la molicie, la otra pervierte los más generosos sentimientos.”

El verdadero espírita, pues, debe buscar un término medio que le permita vivir con comodidad y aun con holgura, sin caer en los extremos viciosos que el gran filósofo ha señalado.

“No os acongojéis por vuestra vida —decía el Cristo.— Mirad las aves del cielo, que no siembran ni siegan ni allegan en alfólies, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No sois vosotros mejores que ellas?”

“Mas, ¿quién acongojándose podrá añadir á su estatura un codo?”

“Y por el vestido, ¿por qué os acongojáis? Mirad los lirios del campo, cómo crecen; no aran ni hilan; mas os digo que ni Salomón en toda su gloria fué vestido como uno de ellos.”

“Y si esto hace Dios hasta con la hierba del campo que hoy es y mañana es echada al fuego, ¿qué no hará por vosotros, hombres de poca fe?”

“Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá.”

Buscad el reino de Dios, y no os preocupéis por el mañana; cada día traerá su afán; mantened vuestra mente libre de mortales inquietudes, purificad vuestros pensamientos, apartaos de las miserias terrenas, haced el bien, instruíos, embelleced vuestro espíritu, y quedaréis libres para siempre. La salvación está en vosotros.

CAPITULO VII.

EL DEBER.

1º Nuestros deberes.—2º Deber de adoración.—3º Deberes para con la humanidad, la patria y la familia.—4º Trabajo.—5º Honradez.

1º El orden admirable de los cielos es consecuencia del equilibrio, sin el cual todo sería trastorno y confusión.

El deber es la ley del equilibrio moral.

Sin armonía no puede haber paz; sin orden no puede haber progreso. El deber nos limita, pero nos asegura la felicidad.

En el cumplimiento del deber no hay mérito ni demérito; pero nuestro valor moral se aquilata.

Cuando el cumplimiento del deber entraña un sacrificio, Dios premia al alma generosa que, por no faltar á los dictados de su conciencia, se expone á las iras de los perversos y aun tal vez á los fallos erróneos de la posteridad.

Hay deberes constantes; pero hay otros que varían conforme la condición y la posición del individuo. Así el jefe de una

nación tiene más deberes que un simple particular, y un maestro de escuela tiene obligaciones más sagradas que un hacendado ó un fabricante.

Los deberes que tenemos para con nosotros mismos no son menos sagrados que los que tenemos para con nuestros semejantes y aun para el universo entero. El hombre que no se respeta, que no trata de cultivar su espíritu, que se encenaga en las pasiones y se convierte en un cáncer moral, se defrauda á sí mismo y defrauda al todo, tanto más cuanto que no tiene derecho á perder con su ejemplo otras almas.

A medida que los seres progresan, el sentimiento del deber se identifica de tal modo con la conciencia que el espíritu instintivamente, sin esfuerzo alguno, huye de la injusticia y cumple con sus obligaciones. Esta gloriosa condición no se alcanza sino á través de pruebas dolorosísimas en las que se acrisolan nuestras virtudes.

2º El primero y más grande de nuestros deberes es el de adoración.

“La adoración —dice el eminente filósofo González Soriano— es la sublimidad del amor. El amor del amor.”

A Dios sólo debe adorársele en espíritu y en verdad, como enseñó Jesús. Su templo es el Universo y su ara el corazón de sus criaturas.

El que cumple con la ley moral, adora á Dios.

El que admira la obra, admira al artífice. El que sigue sus huellas, se identifica con Él.

El que aborrece la virtud, á Él aborrece. El que niega la justicia, el amor, la conciencia, el progreso, etc., niega á Dios.

No todos los que dicen: “¡Señor, Señor!” le aman, sino los que le buscan en espíritu y con humilde corazón acatan su voluntad.

Templos de arcilla ó de piedra no necesita el Señor de las constelaciones. Sea nuestro Espíritu su templo, y procuremos embellecerlo, á fin de que nuestro Dios tenga una morada digna de su gloria. Sea nuestro corazón su tabernáculo, no de cobre ó de estaño, sino de oro puro, y las tres divinas hermanas, la Fe, la Esperanza y la Caridad, entonen allí sus cánticos sagrados, sus hosannas y aleluyas, al esplendor suave de las antorchas místicas.

3º La humanidad comprende la Patria y la Patria comprende la familia. Es, por lo tanto, evidente que no se puede hacer

bien ó mal en cualquiera de estos círculos sin afectar al conjunto, del cual formamos parte. El bien que se hace á la Patria redundando en provecho de la familia y de la humanidad. De la misma manera, el mal que se hace á la humanidad redundando en perjuicio de la Patria, de la familia y de nosotros mismos.

El que inventa un aparato provechoso, se beneficia á sí mismo, beneficia á su familia, á su patria y á todos en general. El que incita á los hombres á hacer mal, se daña á sí mismo y daña á todos sus hermanos, sin distinción de raza, casta, sexo, pueblo ó tribu.

Por lo tanto, el que dice: "el deber me ordena engrandecer mi Patria aun con perjuicio de la humanidad," no piensa rectamente, sino que cede al mismo sentimiento egoísta que á muchos inclina á beneficiar á su familia con los despojos de la Patria y á otros á enriquecerse á costa de sus parientes y amigos.

Washington, al dar libertad á su tierra, no trabajó únicamente en provecho de un pueblo, sino aun en beneficio de la nación opresora. Lo mismo puede decirse de Hidalgo, de Morelos y de todos los libertadores.

Bonaparte, al intentar engrandecer á Francia con los despojos de las demás naciones, preparó su ruina y la de su misma Patria. En cambio, Guttenberg, al inventar la imprenta, no sólo ilustró y benefició á Alemania, sino á toda la humanidad.

Amad la patria, porque el amor pequeño no excluye el grande; mas no hagáis nada por ella que sea contra la humanidad. Tampoco hagáis nada por la familia que sea contra la patria. Armonizad vuestros deberes de manera que por servir á uno no tengáis que perjudicar á los demás y causéis males al mismo á quien deseáis favorecer. Día llegará en que se borrarán las fronteras, y vuestra patria será la Tierra; día llegará en que morirá vuestro cuerpo, y vuestra patria será el Universo.

Nuestros deberes para con la familia, por ser más próximos merecen más nuestra atención; pero si lazos sagrados nos unen á ella, lazos no menos sagrados nos unen al fellah que mendiga en el Cairo y al sudra que hambrea en las puertas de Calcuta, quienes quizás en otra existencia serán nuestros hermanos ó nuestros hijos.

A la familia, á la patria y á la humanidad, debemos todas nuestras luces, todas nuestras fuerzas, todos nuestros pensamientos. Seamos buenos hijos, buenos esposos, buenos padres y bue-

nos ciudadanos. Respetemos, aunque no se nos respete, y en todas las situaciones de la vida hagámonos dignos de la inmortal corona que, tejida por nuestras virtudes, nos colocará en las sienes el mismo Dios.

4º El trabajo en sus múltiples formas es un deber ineludible para toda conciencia honrada. El que no trabaja, roba, pues recibe y no da. Es obligación nuestra devolver en idéntica medida los servicios que se nos prestan. El que dice: "mi padre trabajó para que yo holgase," no piensa rectamente. A quien tal dijera, habría que replicarle: "tu padre ya cumplió con su obligación; veamos ahora cómo tú cumples con la tuya."

No sólo debemos trabajar en obsequio de nuestros contemporáneos, sino también en beneficio de la posteridad. Las humanidades que fueron trabajaron por nosotros. El sér que viene al mundo recibe un caudal de conocimientos, virtudes, etc., que es lo que constituye el "tesoro de las generaciones." A Franklin debemos el pararrayos, á Watt el vapor, á Jenner la vacuna, á Homero la Iliada, á Miguel Angel el Moisés y la Capilla Sixtina, á Guttenberg la imprenta, á Colón la América. Aun el pavimento de las calles se lo debemos á hermanos nuestros que se afanaron porque no anduviésemos sobre guijarros. Al aprovecharnos de la riqueza intelectual y material acumulada por nuestros antepasados, contraemos el solemne compromiso de trabajar por aumentarla, contribuyendo, quien, con un granito de arena, quien, con una montaña de diamantes, á la obra del mejoramiento común.

El trabajo, lejos de ser una pesada necesidad, es un manantial de virtudes y de purísimos goces. La ociosidad es la madre del vicio, dice el proverbio vulgar. De negligentes y de egoístas están empedrados los caminos del infierno.

5º La honradez es la esencia misma del deber. Mas la honradez no consiste sólo en respetar los bienes del prójimo, su mujer, su casa, etc., como ordena Moisés en la Biblia, sino en no apartarse un punto de la justicia y en no mentir á la conciencia.

El que acepta un cargo y no cumple con sus deberes, roba á los que en él depositaron su confianza.

El juez que falla contra su conciencia, hurta al perdidoso, engaña á sus semejantes y ultraja á Dios.

El que miente, hurta la verdad. El egoísmo, la hipocresía y el crimen se dan la mano. Hay más infamia en el que sorprende con calumnias nuestra buena fe que en el que falsifica el oro ó los

diamantes. Un amigo infiel y un testigo falso son más dañinos que un ladrón en despoblado.

El sacerdote que especula con las cosas sagradas, roba á Dios.

Nada hay más bello que una conciencia honrada. ¿Veis esos soles magníficos, esas coronas de estrellas, esas pléyades sublimes, esas flores de pétalos de luz que decoran el templo de Jehová? Pues vale más á los ojos de Dios una conciencia pura, un corazón honrado, que todas las maravillas de los cielos.

CAPITULO VIII.

LA JUSTICIA.

1º La ley del "Karma."—2º Reparación.—3º Un concepto equivocado de la justicia.—4º Sabiduría, bondad y justicia de Dios.

1º *Karma* es una palabra sanscrita que no significa premio ni castigo, sino *retribución*.

Nuestro karma es nuestro pasado, el conjunto de acciones buenas ó malas que cometimos en anteriores existencias y que, por la lógica inflexible de los hechos, refluye sobre nosotros, ya en una forma, ya en otra.

La filosofía popular ha expresado el mismo concepto en varios proverbios, como los siguientes: "el que siembra vientos, cosecha tempestades," "de aquellos polvos se hicieron estos lodos," etcétera.

Odiad, y seréis odiados; medid, y seréis medidos. El que siembra virtudes, virtudes recoge, y el que siembra cardos, cosecha espinas.

Alguien objetará diciendo: "no sucede así en el mundo, pues vemos á los perversos gozar en paz de los bienes mal adquiridos, y á la inocencia perseguida y despreciada." ¹

¹ "Porque todo hombre allá en su interior piensa que la injusticia es más provechosa que la justicia." (Platón. *La República*).

Nosotros lo referimos todo á esta vida transitoria y no pensamos que Dios cuenta para su justicia con el infinito y la eternidad.

Nada nos autoriza para creer en el acaso. El orden admirable de los cielos es una representación del orden perfecto que reina en el universo moral. No hay causa sin efecto ni efecto sin causa.

Si alguno sufre al parecer sin motivo, *mire atrás* y encontrará la razón de su sufrimiento.

Ya lo hemos dicho: "cada cual es el autor de su cielo y de su infierno."

2º La necesidad de la *reparación* la ha expuesto Jesús en estos versículos:

"Reconcíliate con tu adversario presto, mientras estás con él en el camino, no sea que el adversario te entregue al juez (esto es, á Dios) y el juez te entregue al alguacil, y seas echado en prisión.

"De cierto te digo que no saldrás de allí hasta que pagues el último cuadrante."

No basta arrepentirse para borrar una falta: es necesario repararla. A Dios no se satisface con lágrimas, penitencias, ruegos ó disculpas, sino con *hechos*. Haced, no una ni dos, sino tres veces bien, y el alguacil (la conciencia) os franqueará la puerta de la prisión.

3º Concepto equivocado de la justicia es la ley del Tali3n: "ojo por ojo, diente por diente."

Pasma que algunos escritores espíritas la proclamen, como se puede ver en estas frases del ilustre filósofo González Soriano:

"Quien á espada matare, á espada morirá.

"Quien deshonoró, será deshonorado.

"Quien hirió, será á su vez herido.

"Quien no hizo caridad, se verá huérfano de protección.

"Quien calumnió, robó, asesinó, etc., será calumniado, robado y asesinado.

"He aquí la justa, la equitativa, la terrible y fructuosa expiación natural, el verdadero castigo, el único infierno."

La literatura espírita está llena de fantásticas expiaciones fundadas en estas doctrinas. La misma doña Amalia Domingo y Soler, cayó en idéntica exageración, afeando sus mejores obras con relatos inverosímiles. Tal ó cual individuo que pereció ahogado

por la imprudencia de un compañero, fué el verdugo de este último en otra época; tal ó cual sujeto que pereció en un incendio, fué un inquisidor en una existencia pasada, etc.

Según semejante doctrina los crímenes serían interminables, pues si el que á cuchillo mata en una existencia será muerto á cuchillo en otra, el nuevo matador lógicamente habrá de sufrir la misma suerte en una existencia futura, y así indefinidamente.

Es natural que el que calumnia, roba ó asesina se atrae por ello mismo la venganza de la víctima. Mas si ésta perdona, ¿en qué queda la justicia de Dios?

La causa de que algunos asesinos mueran asesinados débese á que el hombre que comete un crimen despierta con el ejemplo ó con el pensamiento instintos inícuos en torno suyo. Así no es raro que un ladrón sea robado y que un bandido muera á manos de sus cómplices. Pero la justicia divina se funda en algo más seguro: en la conciencia. Si ésta peca, se envilece, y no expiando el delito, sino haciendo tres veces bien por cada culpa, el pecador logrará la absolución.

Los senderos del mal, aunque floridos, están cubiertos de espinas. Así lo ha dispuesto Dios, para que por nuestro propio interés nos inclinemos al bien. Los deleites del vicio son efímeros y el hombre compra en esta senda un segundo de placer por un siglo de dolores. Comprendiéndolo así, prefiere la senda de la virtud, donde, si las dichas escasean y son difíciles de alcanzar, en cambio no se desvanecen como las flores del mal ni hieren el alma con traidoras espinas. Los espíritus atrasados no ven más que el goce presente, y así delinquen para obtenerlo; mas una vez obtenido, la ilusión se acaba y el daño queda.

El hombre que hace bien, despierta en sus semejantes pensamientos bondadosos. ¿De quién debemos esperar favor si no de aquel á quien favorecimos, y de quién debemos esperar un daño si no de aquel á quien se lo causamos? Algunas veces no sucede así, pues no es extraordinario que el deudor nos dañe y el agraviado nos favorezca; mas generalmente aquéello es lo que pasa. En esto mismo resplandece la sabiduría de Dios, pues si debiéramos esperar siempre bien de aquel á quien favorecemos, ningún mérito habría en cometer una acción generosa. Mas, para que la ley se cumpla, el que tan mal nos pagó el bien que le hicimos en esta vida, un día se dará cuenta de su perfidia, su conciencia le reprochará su ingratitud, y volverá á nosotros dispuesto á borrar su

falta. Porque es forzoso que un día el malvado se arrepienta y llore su iniquidad. ¿Qué criatura puede sustraerse á la ley del progreso?

4º Dios no es vengativo ni misericordioso: es justo. No perdona; pero tampoco castiga, en el sentido vulgar de la palabra. Bondadoso es, puesto que nos ama y nos reserva una felicidad inalterable. Más Él no há misericordia de los que lloran y rezan; Él no perdona al pecador sus culpas, sino que le exige que pague hasta el último cuadrante de su deuda antes de ponerle en libertad.

Por el delito más horroroso Dios no sepulta á ninguna de sus criaturas en una mazmorra eterna. ¹ Palabras son de Jesús: "Mi Padre no quiere que ninguno de sus pequeñitos se pierda." Al contrario, le deja abierta la puerta al arrepentimiento y á la reparación.

Cuando decimos que Dios no es celoso ni vengativo, es porque Él no quiere el castigo del pecador, sino su arrepentimiento y su redención. Si nos echa en presidio es por nuestro bien, á fin de que, en vista de las consecuencias, nos apartemos del mal. El sabio de los sabios nos trata como á criaturas, pues tales somos; conoce nuestra incapacidad de practicar el bien por el bien mismo, y por medio de dolorosas experiencias nos aparta del mal. Su justicia se finca, pues, en dar á cada cual según sus obras, y para que se cumpla hace que éstas aparezcan, como lógica consecuencia, el premio y el castigo. El objeto de su rigor es nuestro perfeccionamiento.

CAPITULO IX.

EL AMOR.

1º El gran mandamiento.—2º El perdón.—3º La caridad.—4º Solidaridad universal.

1º "Amáos los unos á los otros" —dijo Jesús.

En los tiempos gentílicos, á excepción de las luminosas edades de Christna y de Budha, la moral humana descansaba en este

¹ Dice Jehová: "Yo no castigaré eternamente al culpable y mi cólera no durará siempre, porque de mí han salido los espíritus y yo he creado las almas." (Isafas, cap. LVII, ver. 16).

principio: "Amarás á tu amigo y aborrecerás á tu enemigo;" mas Jesús dijo:

"Amad á vuestros enemigos, bendecid á los que os maldicen, haced bien á los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y persiguen.

"Para que seáis dignos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace que su sol salga sobre buenos y malos, y llueve sobre justos é injustos.

"Porque si amareis á los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos?"

"Y si abrazareis á vuestros hermanos solamente, ¿qué haréis de más? ¿No hacen lo mismo los gentiles?"

"Sed, pues, perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos."

2º El amor nos ordena perdonar las ofensas y devolver bien por mal.

Así dijo Christna:

"El hombre honrado, al caer bajo los golpes de los perversos, debe ser como el sándalo, que perfuma el hacha que lo derriba."

Pedro, llegándose á su Maestro, le dijo:—"Señor, ¿cuántas veces perdonaré á mi hermano que pecare contra mí? ¿Hasta siete?"—"No siete—le replicó Jesús,— sino setenta veces siete (es decir, indefinidamente)."

Si hermoso es hacer bien al prójimo, aún lo es más perdonarle sus culpas, no por el pensamiento egoísta de que Dios nos perdone las nuestras, sino por la sola virtud del perdón.

3º "La Fe, la Esperanza y la Caridad son tres hermanas muy sublimes—dijo el Cristo,— pero de ellas la Caridad es la mayor."

Allan Kardec concedió tanta importancia á la virtud de que tratamos, que escribió al frente de sus obras: "Fuera de la Caridad no hay salvación."

Pensamiento de Salomón es: "Quien da á un pobre, empresta á Dios."

No menos sublime es éste, también de Salomón: "El que oprime al desgraciado, afrenta á su Hacedor; mas el que tiene de él misericordia, lo honra."

Sed, pues, caritativos; dad de comer al hambriento, apagad la sed del sediento y arropad al desnudo. Bendecid á Dios, que os ha

dado más de lo que necesitáis, pues os ha elegido como intermediarios para su caridad. Todo aquello que os sobre, dadlo, que retenerlo es robar á Dios. Pensad en los que tienen hambre y no tienen pan; en los que, siendo como vosotros hijos de un mismo Padre, duermen á la lumbre de los astros y se desayunan con lágrimas. Abrid vuestro corazón al menesteroso, que el que cierra las puertas á un desgraciado se las cierra á Dios. Mas no creáis que la caridad sólo consiste en dar dinero, que esto también lo hacen los hipócritas, que construyen asilos después de haber hecho los pobres y creen comprar el cielo con el dinero de las viudas y de los huérfanos, haciendo donativos que Dios acepta únicamente á título de devolución; no, la caridad mayor es amar al prójimo con toda el alma, enjugar sus lágrimas, sostenerle en sus quebrantos. El que enseña al ignorante y edifica al perverso, limosna de su espíritu da, pues no sólo de pan vive el hombre, como dice la Escritura.

“Cuando des limosna —se lee en el Evangelio,— no hagas tocar trompeta delante de tí, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las plazas, para ser estimados de los hombres. Mas cuando tú hagas limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha.”

Hay males que no se curan con oro, y por esto decimos que la limosna de amor es la mayor limosna. Por otra parte, las dádivas del poderoso no valen tanto á los ojos de Dios como las del pobre.

4º El amor, ese fuego divino, único que abrasa el alma sin quemarla, es el principio y sostén del Universo.

No entendemos por amor ese fuego brutal que inflama los organismos y que es la causa de tantos crímenes y de vilezas tantas, sino ese sentimiento suave, puro, que atrae las almas y las enlaza con vínculos que la desgracia estrecha en vez de romper.¹ El amor verdadero no entiende de sexos, clases, monstruosidades ni bellezas. Salva todas las distancias, vence todos los diques, colma todos los abismos y hace hermanos al buitre y á la paloma, al águila y al reptil. El amor sube al cielo á glorificar á los ángeles y desciende á los infiernos á redimir á los condenados. El

¹ Los griegos tenían dos diosas del Amor: la Venus sexual, Afrodita, y la Venus Urania ó celeste, la del amor casto y puro, inspiradora de los afectos profundos y los grandes sacrificios. Platón hace esa misma diferencia en su diálogo “El Convite.”

amor no mira el rostro, sino el espíritu; no sabe de razas, pueblos ó tribus, ni lo deslumbran las galas ni le repugnan los harapos. Es tan noble, que se desvela por los malvados y se desnuda para arropar al mendigo. Entonces, cambia de nombre y se llama *sacrificio*.

No espere el egoísta la salvación, aunque se esfuerce por alcanzarla. La felicidad propia depende en cierto modo de la felicidad ajena. No estará tranquilo el pastor mientras no vea reunidas á todas sus ovejas. Por una sola, dejará el rebaño. No alcanzaremos la felicidad perfecta mientras uno sólo de nuestros hermanitos no vuelva al buen camino. El bien que hacemos refluye sobre nosotros mismos, y así puede decirse que el que por su hermano trabaja, por sí trabaja.

Todos los seres somos solidarios. Nuestro amor no debe limitarse al hombre, sino á todo lo creado. Los mismos animales merecen todo nuestro cariño; el que los aborreciere no gozará ciertamente de la dicha eterna.

Una bellísima fábula oriental relata que, habiendo resuelto un excelente bonzo alcanzar el cielo de Budha, en el dificultoso camino fué abandonado primero por sus amigos, luego por sus parientes, y por último por su esposa y sus hijos; mas no por su fiel perro, con el cual llegó á las puertas de la divina mansión. Los santos le acogieron amorosamente; mas advirtiéronle que el perro tendría que quedarse fuera. Entonces el buen bonzo exclamó: "Si él no me abandonó, ¿habría yo de abandonarle? Quéde-me yo también fuera, ya que tal es la voluntad del Señor." Enternecido por tanta bondad, consintió Budha en romper el reglamento celeste, y dejó entrar al perro para que no se quedase fuera el hombre.

Amémonos, pues, los unos á los otros, tanto más cuanto que la falta del amor es la causa de todas las calamidades. El es la luz, y fuera de él no hay más que tinieblas, iniquidades, llanto y desesperación. ¡No odiéis jamás! Arrojad de vuestro pecho los sentimientos de venganza ó de aversión, serpientes que envilecen el Paraíso que todos tenemos en el alma y lo truecan en el Infierno más espantoso. "Las heridas del odio —dice el poeta— sólo con amor se curan y no con nuevos odios."

De todos los nombres que Dios tiene, el más hermoso es *Amor*.

CAPITULO X.

LA RELIGIÓN ESPÍRITA.

1º El Espiritismo, como religión.—2º La profecía de Joel.—3º El *Consolador*.—4º El Espiritismo y las religiones.—5º Conclusión.

1º Entendemos por *religión* (del latín *religiō, religāre*, reunir, atar estrechamente), no un culto dogmático fundado en la fe ciega, con sus pompas, sus ritos y su sacerdocio investido de facultades divinas, sino una creencia racional encaminada á aproximar las almas á Dios y á unir las entre sí.

El Espiritismo no es una religión, sino *la religión*, como no es una filosofía, sino *la filosofía*.

La religión verdadera debe ser universal, y el Espiritismo aspira á la universalidad.

No debe haber una filosofía para la ciencia y otra para la conciencia. El Espiritismo es la filosofía de la una y de la otra.

De existir, la verdad ha de ser profundamente religiosa. El Espiritismo es así. Sus descubrimientos no contradicen, sino apoyan la moral evangélica.

El Espiritismo no viene á destruir las religiones, sino á depurarlas. Y si queréis creer (imitando las palabras de Jesús), el Espiritismo es aquel *Consolador* que había de venir.

2º En el libro de Joel se lee esta profecía.

“Y será que después de esto derramaré mi espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, y vuestros viejos soñarán sueños y vuestros jóvenes verán visiones.

“Y aun sobre los siervos y sobre las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días.”

San Pedro, en la pascua de Pentecostés recuerda estas palabras al pueblo congregado.

Estos días han venido. El Espíritu se ha derramado sobre toda carne, nuestros viejos sueñan sueños y nuestros hijos y nuestras hijas profetizan.

3º En el Evangelio de San Juan se lee lo siguiente:

“Yo rogaré al Padre —dice Jesús— y os daré *otro Consolador*, para que esté con vosotros para siempre; al *Espíritu de Verdad*, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce; mas vosotros lo conocéis, porque está en vosotros, y será en vosotros.”

“El Consolador, el Espíritu que mi Padre enviará en mi nombre, *os enseñará todas las cosas*, y os recordará todo lo que os he dicho.”

Los eclesiásticos pretenden que Jesús, al hablar del *Consolador*, se refería al *Espíritu Santo*, el cual vino sobre los discípulos el día de Pentecostés; mas ya hemos manifestado en otro lugar que la palabra *Santo* se interpoló más tarde en las Escrituras. Además, el milagro de Pentecostés es enteramente medianímico.

“Cuando viniere aquel Espíritu de Verdad, él os guiará á toda verdad.

“Él me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo hará saber.”

En estos versículos se fundan muchos ilustres pensadores para afirmar que el Consolador prometido, el Espíritu de Verdad, no es otro que el Espiritismo, el cual glorifica al Maestro, y *toma de lo suyo* para hacerlo saber á las gentes.

4º Esta era la época propicia para la gran revelación. El cielo se ha abierto para todos sus hijos y sus mensajeros nos visitan como en otra época á los grandes profetas que se alzaron en la antigua Sión. El Espíritu desciende sobre toda carne y la ilumina.

Las religiones y las filosofías se destruyen las unas á las otras; la ciencia ha vuelto por sus fueros y derrumba mitos; pero esta ciencia es la del Espíritu.

En vez de redimir á los hombres, las religiones, falseadas en la cuna, introdujeron las disensiones y las guerras en los pueblos.

Hicieron mercado de la casa de Dios y comerciaron con la sangre del Maestro. Al pie de su cruz se repartieron sus vestidos y echaron suertes sobre su túnica.

Y por esto dicen que el Espiritismo cosa del Demonio es.

Así los príncipes de los sacerdotes decían del Maestro: “demonio tiene,” porque sanaba á los enfermos y lanzaba á los espíritus inmundos del cuerpo de los poseídos. Y él les respondía: “Todo

reino dividido contra sí mismo, es asolado. Y si Satanás está dividido contra sí mismo, ¿cómo estará en pie su reino? Porque decís que por Belzebud echo yo fuera los demonios."

5º La religión espírita se funda, como el Evangelio, en estas sencillas palabras: "Amarás á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á tí mismo."

"Su templo de adoración es el Universo y sus sacerdotes somos todos aquellos que le adoramos en espíritu y en verdad."

"El Espiritismo no salva ni condena; redime siempre."

Sus enseñanzas no están veladas por misterios, sino que están al alcance de todo aquel que tiene ojos para ver y oídos para escuchar.

"No impone una creencia: invita á un estudio."

Afirma la supervivencia, no fundado en razones metafísicas, sino en hechos incontrastables cuya realidad cualquiera puede comprobar por sí mismo.

No viene á destruir, sino á edificar.

No desconoce el poder de la oración; mas aconseja que jamás importunemos á Dios y á los Espíritus elevados con peticiones egoístas y estúpidas quejas.

"Mi Padre —dijo Jesús— sabe lo que vosotros necesitáis, antes de que se lo pidáis."

La oración más bella es la que no se recita de memoria ni murmuran los labios, sino la que sale espontáneamente del corazón, ya como un voto de gracias, ya como un ¡ay! de misericordia.

El pensamiento que se dirige al Padre, va al Padre; si es bueno, desciende cargado de dones celestes sobre nosotros; si es perverso, desciende como una lluvia de fuego á atormentar nuestro espíritu.

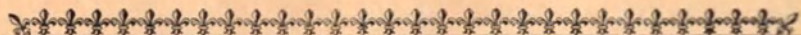
Hacer bien es orar. Sentir piedad por el desgraciado, es pedir á Dios por él.

El Espiritismo viene á renovar la tradición cristiana, y puede decir lo que Jesús dijo de sí: "Yo soy el camino y la verdad y la vida."

¡Dichosos los que de este pan comieren y de esta fuente bebiesen, porque verán más presto á Dios!

Baltimore, Md., Marzo de 1910.

FIN.



INDICE

LIBRO PRIMERO.

HISTORIA DEL ESPIRITISMO.

PRIMERA PARTE.

ESPIRITISMO ANTIGUO.

	Págs.
CAP. I.—Origen del Espiritismo.....	13
CAP. II.—La Doctrina Secreta.....	22
CAP. III.—La India.....	27
CAP. IV.—El Egipto.....	37
CAP. V.—La Judea.....	40
CAP. VI.—China.....	46
CAP. VII.—Caldeo-Asiria.—Persia.....	49
CAP. VIII.—Grecia.....	51
CAP. IX.—Roma.....	57
CAP. X.—La Galia.....	63
CAP. XI.—Japón, Fenicia é Iberia.....	66
CAP. XII.—México y Perú.....	68
CAP. XIII.—Jesucristo.....	76
CAP. XIV.—La Iglesia primitiva.....	81
CAP. XV.—Los taumaturgos y los neoplatónicos.....	85

SEGUNDA PARTE.

ESPIRITISMO MEDIO.

CAP. XVI.—Omnipotencia de la Iglesia.....	89
CAP. XVII.—De Mahoma á Paracelsus.....	92
CAP. XVIII.—Juana de Arco.....	95
CAP. XIX.—Hechos aislados.....	97
CAP. XX.—Los “iluminados”.....	100
CAP. XXI.—Renacimiento del Magnetismo.....	101